



egipcios, agradecidos, le dejarán ir en paz, y como no hay más que tres días de camino del Egipto á Canaan, todo se concluirá prontamente y sin ningun trabajo.» Será todo lo contrario. Dios no quería solamente introducir á los israelitas en la tierra de promision; queria sobre todo formar un pueblo, y un pueblo tal, que pudiese durar hasta el fin del mundo; queria tambien, con este motivo, instruir á todos los pueblos. Ahora bien: despues que el abuso del bien ha producido el mal, no es sino con mucho mal como se opera el bien, sobre todo un bien tan considerable como la educacion de todo un pueblo y de todo el género humano.

Segun la relacion, muy creible, de Artapán y de Josefo, Faraon tuvo envidia de su hijo adoptivo (1). Moisés, por su parte, elevándose sobre las riquezas del Egipto, renunció á la adopcion real, y prefirió tomar parte en la afliccion de sus hermanos. Habiendo salido para verlos, se encontró á uno que era golpeado por un egipcio. Mirando á un lado y á otro, y viendo que no habia nadie, mató al egipcio y le escondió en la arena (2).

Segun una antigua ley de Egipto, el que pudiendo salvar á un hombre atacado no lo hiciese, era castigado á muerte tan rigorosamente como el asesino (3). Se puede creer, en un sentido, que Moisés no hizo más que conformarse á esta ley. «Pensaba tambien, dice San Estéban, que sus hermanos comprenderian por esto que Dios les libertaria por su mano (4).» «Lo cual indica, añade San Agustin, que habia recibido desde entonces una orden de Dios para ser el jefe y el libertador de su pueblo, aun-

(1) Josefo, *Antiquit.*, lib. II, cap. V.  
 (2) Exodo, 2 12.  
 (3) Diodor., lib. I, cap. LXXVII.  
 (4) Act., 7, 20.

que la Escritura no lo dice expresamente (1).» Pero sus hermanos no le comprendieron. Y saliendo al dia siguiente, vió reñir á dos hebreos, y trató de ponerles en buena armonía, diciéndoles: «Amigos míos, sois hermanos; ¿cómo os haceis injuria uno á otro?» Mas el que tenia culpa, le respondió, diciendo: «¿Quién te ha puesto por principe y juez entre nosotros? ¿quieres por ventura matarme, como mataste ayer al egipcio?» Moisés temió, y dijo para sí: «Ciertamente la cosa está descubierta.» En efecto: Faraon supo lo que habia pasado, y buscaba á Moisés para matarle, el cual huyó de su presencia, habitó en la tierra de Madian, y sentóse junto á un pozo (2).

Ahora bien: el sacerdote de Madian tenia siete hijas, que vinieron á sacar agua; y habiendo llenado los dornajos, deseaban dar de beber á los ganados de su padre. Sobrevinieron unos pastores, y las echaron. Entonces Moisés se levantó, tomó su defensa, y dió de beber á las ovejas de ellas. Cuando volvieron á Raguel, su padre, las dijo: «¿Por qué habeis venido más pronto de lo acostumbrado?» Respondieron: «Un hombre egipcio nos ha librado de mano de los pastores, y además sacó agua con nosotras y dió de beber á las ovejas. Él replicó: «¿En dónde está? ¿por qué dejásteis ir á ese hombre? Llamadle para que coma pan con nosotras. Moisés consintió en habitar con él, y tomó por mujer á Séfora, su hija, la cual le parió un hijo, que llamó Gersám, es decir, peregrino allí, diciendo: «Peregrino fui en tierra ajena.» Dió á luz otro, que llamó Eliezer, es decir, Dios mi protector, diciendo: «El Dios de mi padre, que es mi protector, me sacó de la mano de Faraon (3).»

(1) *In Exod.*, q. 2.  
 (2) Exodo, 2. act. 7.  
 (3) *Ibid.*, 2.

### CAPÍTULO IV

Vida de Moisés en Madian.—La zarza ardiendo.—La vara de Moisés.—Tragedia griega de Moisés.—Su vuelta á Egipto.—Encuentro de Aaron.—Ven á Faraon.—Recrudescimiento de la opresion.—Quejas de Israel.—Endurecimiento de Faraon.—Triunfo de Moisés sobre los magos de Faraon.—El milagro, su definicion, medios de reconocerle.—Milagros del paganismo.—Si el milagro altera el plan de la Providencia.—Doble objeto de las plagas de Egipto.—Supersticion de los egipcios.—Las diez plagas.—Fin especial de algunas de ellas.—Impotencia de los magos.—Conversiones efímeras y reincidencias sucesivas de Faraon

Los madianitas, segun lo hemos indicado ya, descendian de Abraham por Cethura. Ocupaban diversas regiones de la Arabia, se unian voluntariamente, á lo que parece, á otros pueblos, tales como los ismaelitas y los moabitas. Unos eran mercaderes, otros pastores. Raguel parecia haber sido de estos últimos. Muchos creen que al mismo tiempo era sacerdote y rey de Madian, como Melquisedec lo habia sido de Salem. Por lo demás, cuando se trata de un rey de los árabes, no hay que figurarse nunca á un monarca absoluto; este no era frecuentemente más que el jefe ó el patriarca de la tribu, como todavia se ve hoy entre ellos. Hay algunos que creen que Raguel, de quien aquí se habla, era el abuelo de las siete hijas; que Jethro, del cual hablaremos dentro de poco, era su padre (1); y que Hobab, que más tarde servirá de guia á los hijos de Israel, era hermano suyo. Otros suponen que Raguel y Jethro son un mismo personaje. Segun todas las apariencias, era, como Melquisedec, sacerdote del verdadero Dios; en efecto, Moisés se une á él, forma parte de su familia, y Jethro, á su llegada al campo de Israel, ofrecerá sacrificios al Señor. En fin, su tribu entera seguirá al pueblo de Dios en la tierra prometida, en la cual subsistirá y llegará á ser poderosa bajo el nombre de Cineos.

Moisés tenia cuarenta años cuando huyó de

Egipto. Vivió otros cuarenta en la tierra de Madian, en la cual pastoreaba los ganados de Jethro, su suegro. Entonces es cuando pudo escribir la historia de Job; aun existe entre los árabes; todavia podia vivir el mismo Job restablecido en su primitiva posteridad. Su ejemplo era muy propio para sostener la paciencia de Moisés y de su pueblo.

El primer rey de Babilonia comenzó por ser un fuerte cazador; el primer jefe de Israel comenzó por ser pastor. El cazador no piensa más que en coger y matar; tal es un tirano. Así Homero llama á los buenos reyes, no cazadores, sino pastores de pueblos; algunos lo eran realmente de ganados. Y de hecho, dirigir ganados, apacentar el rebaño balante, es como un noviciado para gobernar hombres, apacentar el rebaño parlante, como dice el lenguaje antiguo. El pastor ama á sus ovejas y las conoce; las llama por su nombre, marcha delante de ellas, las conduce á los buenos pastos, las aparta de los malos, combate sus enfermedades, venda sus heridas, las lleva en sus brazos cuando están fatigadas, las reanima en su seno, comparte con ellas su propio alimento, las busca por montes y por valles cuando se han descarriado; las lleva con alegría sobre sus hombros, vela por ellas noche y dia, las defiende cuando peligra su vida contra los lobos, los osos y los leones. Tal será para todos el buen pastor por excelencia; tal será ya Moisés para los hijos de Israel. Ahora conduce por los

(1) Exodo, c. 3 y 18.



desiertos de la Arabia los rebaños de su suegro; bien pronto conducirá por estos mismos desiertos el pueblo de Dios.

El Faraon que habia buscado á Moisés para matarle, habia muerto; pero los hijos de Israel continuaban, sin embargo, siendo colmados de trabajos y gimiendo en la esclavitud.

Dios, por último, oyó su afliccion; se acordó de la alianza que habia hecho con Abraham, Isaac y Jacob, y resolvió otorgar la libertad que les habia prometido (1).

Un día que Moisés condujo á lo interior del desierto las ovejas de su suegro Jethro, sacerdote de Madian, vino á Horeb, monte de Dios. Allí se le apareció un ángel del Señor en llama de fuego en medio de una zarza, y veía que la zarza ardia y no se quemaba. Dijo, pues, Moisés: «Iré y veré esta gran vision, porque me se quemaba la zarza.» Viendo el Señor que caminaba para ver, llamóle de en medio de la zarza: «Moisés, Moisés.» El cual respondió: «Aquí estoy.» Dios añadió: «No te acerques acá; desata el calzado de tus piés, porque el lugar en que estás tierra santa es. Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.» Moisés se cubrió su rostro, porque no se atrevia á mirar hácia Dios. A quien dijo el Señor: «He visto la afliccion de mi pueblo en Egipto, y he oido su clamor por la dureza de los que le oprimen. Y conociendo bien sus dolores, he descendido para librarlo de las manos de los egipcios, y sacarlo de aquella tierra á una tierra buena y espaciosa, á una tierra que mana leche y miel, á los lugares del Cananeo, del Heteo, del Amorreo, del Ferezeo, del Heveo y del Jebuseo. El clamor, pues, de los hijos de Israel ha llegado á mí, y he visto la afliccion de ellos con la que son oprimidos por los egipcios. Pero ven, y te enviaré á Faraon para que saques de Egipto á mi pueblo, á los hijos de Israel.»

Moisés respondió á Dios: «¿Quién soy yo para ir á Faraon, y sacar á los hijos de Israel de Egipto?» Dios le dijo: «Yo estaré contigo, y esto tendrás por señal de que te he enviado. Luego que hubieres sacado á mi pueblo de Egipto»

(1) Exodo, 2, 23, 25.

to, sacrificarás á Dios sobre este monte.» Moisés replicó: «Hé aquí que yo iré á los hijos de Israel, y les diré: El Dios de vuestros padres me ha enviado á vosotros.» Si me dijeren: «¿Cuál es su nombre?» ¿qué les responderé? Dios dijo á Moisés: «Yo soy el que soy. De este modo dirás á los hijos de Israel. El que es me ha enviado á vosotros.» Y dijo Dios otra vez á Moisés: «Esto dirás á los hijos de Israel: el Señor Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, me ha enviado á vosotros; este es mi nombre para siempre, y este es mi memorial de generacion en generacion. Ve, y junta á los ancianos de Israel, y les dirás: «El Señor Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, se me apareció diciendo: Os he visitado y he visto todo lo que os ha acontecido en Egipto. Y he dicho que os sacaré de la afliccion de Egipto á la tierra de los Cananeos, tierra que mana leche y miel.» Y oirán tu voz, y entrarás tú y los ancianos de Israel al rey de Egipto, y le dirás: «El Señor Dios de los hebreos nos ha llamado; iremos camino de tres dias al desierto para sacrificar al Señor nuestro Dios.» Mas yo sé que no os dejará el rey de Egipto que vayais, sino por mano fuerte. Yo extenderé mi mano y heriré á Egipto con todas mis maravillas, que he de hacer en medio de ellos. Despues de esto, os dejará ir. Haré al mismo tiempo encontrar gracia á este pueblo á los ojos de los egipcios, y cuando saliereis, no saldreis vacios, sino que cada mujer pedirá á su vecina y á su huésped alhajas de plata y de oro, y ropas, y las pondreis sobre vuestros hijos é hijas, y despojareis á Egipto (1).»

Moisés, respondió: «No me creerán, ni oirán mi voz, sino que dirán: No se te ha aparecido el Señor.» Por lo cual le dijo: «¿Qué es lo que tienes en tu mano?» Respondió, «una vara.» Y dijo el Señor: «Arrójala en tierra, arrójala.» Y se convirtió en serpiente, de manera que Moisés huía. Pero el Señor le dijo: «Extiende tu mano y tómalá por la cola.» La extendió y la tomó, y se convirtió en vara: «A fin de que crean, continuó el Eterno, que el Señor Dios de sus padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Ja-

(1) Exodo, 3.



cob, te se ha aparecido.» Dijole de nuevo el Señor: «Mete tu mano en tu seno;» y cuando la hubo metido, la sacó cubierta de una lepra blanca como la nieve: «Vuelve á meter, dijo, tu mano en tu seno.» Volvióla á meter, y la sacó otra vez, y era semejante al resto de su carne. «Si no te creyeren, concluyó el Señor, ni dieren oidos al lenguaje de la señal primera, crearán la palabra de la señal segunda. Y si ni aun así dieren crédito á estas señales, ni oyeren tu voz, toma agua del río, derrámala sobre la tierra, y cuanta sacares del río se convertirá en sangre.»

Dijo Moisés: «Perdonad, Señor, yo no soy un hombre elocuente, ni ayer, ni antes de ayer; y aun despues que has hablado á tu siervo, me hallo más tartamudo y pesado de lengua.» Dijole el Señor: «¿Quién hizo la boca del hombre? ¿O quién formó al mudo y al sordo, al que ve y al que es ciego? ¿No soy yo? Pues anda, y yo estaré en tu boca, y te enseñaré lo que has de hablar.» Mas él dijo: «Ruégote, Señor, que envíes al que has de enviar.» Enojado el Señor contra Moisés, dijo: «Aaron, tu hermano, el levita, sé que es elocuente; mira que él sale á tu encuentro, y cuando te vea se alegrará de corazón. Háblale y pon mis palabras en su boca; y yo estaré en tu boca y en la boca de él, y os mostraré lo que debéis hacer. Él hablará por tí al pueblo, y será tu boca; mas tú serás para él en las cosas que pertenecen á Dios. Toma tambien en tu mano esta vara, con la cual has de hacer prodigios (1).»

El Horeb es una montaña de Arabia; es la misma que el Sinaí ó Sina, si no es quizá que estos dos nombres designen dos cimas diferentes. Es llamada, por anticipacion, montaña de Dios, porque Dios se apareció allí á Moisés y despues á Elías. El fuego que quema esta zarza sin consumirla, figuraba en alguna manera ese horno de afliccion que, quemando á los israelitas sin consumirles, no hacia otra cosa que expresar su conversion más maravillosa. Moisés tenia entonces ochenta años. La vara que tenia en las manos, era sin duda con la que dirigia sus ovejas, y sobre la que se apoyaba

(1) Exodo, 4, 1-17.

cuando caminaba. Era á la vez un cayado y un cetro. En el lenguaje de la antigüedad, un cetro es literalmente una vara para apoyarse, y Homero nos muestra á los reyes sirviéndose aún de él para herir á los hombres del pueblo que gritaban en las asambleas generales (1). La vara de Moisés vino á ser el báculo pastoral para conducir á Israel como sociedad espiritual ó Iglesia, y el cetro real para gobernarla como sociedad temporal ó nacion. El sacerdocio y la dignidad real, así reunidos en Moisés, figuraban el sacerdocio y el trono universal reunidos en Cristo. Moisés hubiera querido que apareciese desde entonces este verdadero libertador anunciado por Jacob; el jefe invisible de Israel en el desierto, que San Pablo nos insinúa bastante claramente haber sido el Cristo (2); aquel, en fin, que explica él mismo su nombre de Jehová, diciendo: «Yo soy el que soy.»

A continuacion de esta famosa aparicion, Dios volvió á decir á Moisés: «Ve y vuelve á Egipto, porque han muerto todos los que querian quitarte la vida. Considera los prodigios que he puesto en tu mano, á fin de que los hagas en la presencia de Faraon. Sin embargo, yo endureceré su corazón y no dejará ir al pueblo. Entonces tú le dirás: Hé aquí lo que dice el Señor: «Mi hijo primogénito es Israel. Te he dicho: deja ir á mi hijo para que me sirva, y no has querido dejarle ir: mira que yo mataré á tu hijo primogénito.» Moisés fué, pues, y volvió hácia Jethro, su yerno, y le dijo: «Iré y volveré á Egipto á mis hermanos, para ver si son aún vivos.» Jethro le dijo: «Vete en paz.» Moisés tomó entonces á su mujer y á sus hijos, les puso sobre un asno, y volvió á Egipto, llevando la vara de Dios en su mano (3).

Un antiguo poeta, llamado Ezequiel, compuso en versos griegos una tragedia de Moisés y un drama sobre la salida de Egipto. Eusebio cita de ellos fragmentos bastante considerables. En estos se leen los mismos hechos que en la Escritura. Por esto resulta que la historia de Moisés no debia ser desconocida para el mundo literario de la Grecia. Más tarde veremos lo

(1) Iliada, 2.  
(2) Cor., 10, v. 4 y 9.  
(3) Exodo, 4.



que dicen dos autores griegos de los más sábios, Diodoro de Sicilia y Estrabon.

Moisés estaba en camino y en un albergue para pasar la noche, cuando el Señor vino á su encuentro y le amenazó matar con un mal repentino. Había diferido circuncidar al más joven de sus hijos; futuro legislador de su pueblo, debía dar ejemplo. Dios le amenaza de muerte para hacerle entender la perfeccion que exige á los que eleva á tan grande altura. Séfora, viendo á su esposo en tan gran peligro, tomó al instante una piedra muy aguda y circuncidó el prepucio de su hijo, y tocó sus piés, y dijo: «Tú eres para mí esposo de sangre;» porque ella le había salvado la vida por la sangre de su hijo. En efecto, desde este momento fué librado del mal. Parece que Séfora se volvió á su padre con sus dos hijos; porque veremos más tarde á Jethro presentar los tres á Moisés en el desierto de Sinai.

Entre tanto, el Señor dijo á Aaron: «Vé al desierto al encuentro de Moisés.» Caminó al encuentro de él al monte de Dios y le besó. Moisés le contó todas las palabras que el Señor le enviaba á cumplir y todas las señales que le había mandado. Fueron los dos á Egipto y reunieron á los ancianos de los hijos de Israel. Aaron expuso todas las palabras que el Señor había dicho á Moisés, é hizo las señales ante el pueblo. Y el pueblo creyó y comprendió que el Señor había visitado á los hijos de Israel, y que había visto su aflicción, y prostrados adoraron.

Después de esto, Moisés y Aaron fueron á encontrar á Faraon, y le dijeron: «Esto dice el Señor Dios de Israel: Deja ir á mi pueblo para que me ofrezca sacrificios en el desierto.» Pero él respondió: «¿Quién es el Señor para que obedezca á su voz y deje ir á Israel? No conozco al Señor, ni dejaré ir á Israel.» Ellos dijeron: «El Dios de los hebreos nos ha llamado para que vayamos camino de tres dias por el desierto, y ofrezcamos sacrificio al Señor nuestro Dios, no sea caso que nos acaezca pestilencia ó guerra.» Dijoles el rey de Egipto: «¿Por qué, Moisés y Aaron, apartais al pueblo de sus tareas? Id á vuestros cargos.» Dijo tambien, acaso á sus oficiales: «Este pueblo se ha multiplicado mucho

en mi reino; veis que la multitud ha crecido ¿cuánto más, si les diéreis descanso de sus tareas?» Mandó, pues, en aquel dia á los que estaban encargados de oprimir al pueblo y á los intendentes: «De ninguna manera de aquí en adelante dareis paja al pueblo, como antes, para que haga los ladrillos, sino que vayan ellos y recojan la paja. Y les cargareis la misma cantidad de ladrillos que hacian antes, sin disminuirles nada; pues están holgando, y por eso alzan el grito, diciendo: «Vamos, y ofrezcamos sacrificio á nuestro Dios.» Que sean sobrecargados los trabajos de estas gentes, y que se ocupen en ellos, para que no den crédito á palabras mentirosas.»

La paja se amasaba con el ladrillo ó se mezclaba con la tierra pulverizada para darla mayor consistencia. Los exactores y los sobrestantes de las obras salieron pues, y dijeron al pueblo: «Hé aquí lo que dice Faraon: No os doy más paja. Id y cogedla si en alguna parte pudiéreis hallarla, que nada se disminuirá de vuestra tarea.» Y el pueblo se extendió por toda la tierra de Egipto para recoger paja. Entre tanto, los sobrestantes de las obras instaban diciendo: «Dad cumplida vuestra tarea cada dia, como lo soliais hacer antes, cuando se os daba la paja.» La cosa era imposible. Se castigó á los inspectores de los hijos de Israel, que los exactores de Faraon habian establecido sobre ellos, y se les dijo: «¿Por qué no habeis acabado el número de ladrillos ayer y hoy como antes de ayer?» Entonces los inspectores de los hijos de Israel fueron y se querellaron á Faraon, diciendo: «¿Por qué procedes así contra tus siervos? No nos dan paja, y se nos manda sin embargo hacer la misma cantidad de ladrillos que antes. Además, hé aquí que tus siervos son castigados con azotes, y se trata á tu pueblo como á malhechores.» «Estais holgando, les dijo, estais holgando y por eso decís: Vamos, y ofrezcamos sacrificios al Señor. Así pues, andad y trabajad; no se os dará la paja y entregareis el acostumbrado número de ladrillos.»

Los inspectores de los hijos de Israel se veian en un apuro, porque se les decia: «No se disminuirá nada de los ladrillos de cada dia.» En el momento mismo que salian de la presencia



de Faraon, encontraron á Moisés y Aaron, y les dijeron: «Vea el Señor y juzgue, pues vosotros habeis sido la causa de que seamos abominables y odiosos á Faraon y á sus siervos, y le habeis dado motivo para que nos trate con mayor dureza y acabe con nosotros.» Moisés se volvió al Señor, y dijo: «Por qué has afligido á este pueblo? ¿Por qué me has enviado? Pues desde que he venido á Faraon para hablarle en tu nombre, ha afligido tu pueblo y no le has librado (1).» El Señor respondió á Moisés: «Ahora verás lo que haré á Faraon; porque por mano fuerte los dejará ir, y con mano robusta los echará de su tierra.» Dios le dijo tambien: «Yo soy el Señor que aparecí á Abraham, á Isaac y á Jacob, como Dios Omnipotente; y mi nombre *Adonai* no lo manifesté á ellos. Sin embargo, hice mi alianza con ellos, de que les daria la tierra de Canaan, tierra de su peregrinacion, en que fueron extranjeros. Yo he oído el gemido de los hijos de Israel, de que los han oprimido los egipcios, y me he acordado de mi pacto. Por tanto, dije á los hijos de Israel: «Yo el Señor, os sacaré del calabozo de los egipcios y os libraré de la servidumbre, y os rescataré con brazo levantado y con graves penas; y yo os tomaré por mi pueblo y seré vuestro Dios; y sabeis que yo soy el Señor vuestro Dios, que os habré sacado del calabozo de los egipcios. Os introduciré en la tierra, sobre la que alcé mi mano para darla á Abraham, á Isaac y á Jacob, y os la daré para poseerla, yo el Señor.» Contó, pues, Moisés todas estas cosas á los hijos de Israel; pero no se le aquietaron por la angustia de su espíritu y los trabajos excesivos.

Moisés tenia entonces ochenta años; Aaron ochenta y tres. Amram, su padre, habia muerto á la edad de ciento treinta y siete años; Gaath, su abuelo, á la edad de ciento treinta y tres; y Levi, su bisabuelo, á la edad de ciento treinta y siete. Aaron habia tomado por mujer á Elisabeth, hija de Aminadab, hermana de Nahasson, príncipe de la tribu de Judá, la cual le dió á luz á Nadab, Abiú, Eleazar é Ithamar. Eleazar habia

tomado tambien una mujer, que le dió á luz á Fineés.

El Señor dijo de nuevo á Moisés: «Ve y habla á Faraon, rey de Egipto, para que deje ir á los hijos de Israel de su tierra.» Pero Moisés respondió: «Veis que los hijos de Israel no me oyen; ¿cómo, pues, me oirá Faraon, mayormente siendo yo incircunciso de labios (1).» El Señor replicó: «Mira que te he constituido dios de Faraon, y Aaron tu hermano será tu profeta. Tú le dirás todas las cosas que te mando, y él dirá á Faraon que deje ir á los hijos de Israel de su tierra. Pero yo endureceré su corazon y multiplicaré mis señales y mis portentos en la tierra de Egipto. Faraon no os oirá; pero pondré mi mano sobre Egipto, y sacaré mi ejército y pueblo, los hijos de Israel, de la tierra de Egipto con juicios muy grandes. Y sabrán los egipcios que yo soy el Señor (2).»

Moisés y Aaron fueron á Faraon é hicieron lo que el Señor habia ordenado. Aaron arrojó la vara delante de Faraon y de sus servidores, y se convirtió en una serpiente. Faraon hizo venir á los sábios y á los magos, y á los encantadores de Egipto, de los cuales los dos principales se llamaban Jannés y Mambrés (3), hicieron otro tanto por medio de sus secretos. Arrojaron cada uno su vara, y fueron cambiadas en serpientes; pero la vara de Aaron devoró á las de ellos. El corazon de Faraon se endureció, y no los oyó, segun el Señor habia dicho. Dios habia hecho á Moisés su ministro plenipotenciario. Esto no es todo; le habia hecho un dios, el dios de Aaron y el dios de Faraon. Como tal, Moisés debía revelarse á los hombres por acciones divinas ó milagros. Esto es lo que va á hacer, y sus mismos enemigos se verán obligados á rendirle homenaje.

Los impíos de los últimos tiempos han dirigido contra los milagros más de una objecion. Su gran arte es el de embrollar las ideas. Para disipar sus ilusiones, bastan algunas preguntas muy sencillas y la respuesta que todo el mundo encontrará en el sentido comun.

(1) Exodo, 6.

(2) Ibid., 7, 1-5.

(3) 2 Tim., 3, 8, Plin., *Nat. Hist.*, 1, 30, c. 1.

(1) Exodo, 5.